

Alcides Beretta Curi

«... los centros de interés de mi investigación se ubican en los espacios e instancias de trabajo, allí donde se registra la creatividad humana».

Florencia Thul¹

¿Cómo estaba compuesta su familia? Sus apellidos nos hablan de una ascendencia europea diversa.

¿Cuáles son sus orígenes familiares?²

Éramos una familia de clase media conformada por los padres y sus dos hijos; mi hermana es la menor. Por parte de ambos progenitores, somos descendientes de inmigrantes. Mi abuelo paterno, italiano, nació en Carrara (Toscana) y mi abuela era hija de italianos de Turín. Por el lado materno, ambos abuelos eran siriolibaneses, nacidos en el territorio de un protectorado francés. Ascendencia europea y asiática. Conocí únicamente a María, mi abuela libanesa; mis otros abuelos ya habían fallecido cuando nací.³

¿Dónde transcurrió su infancia y su adolescencia? ¿Qué recuerda de esos años (educación, amistades, formación religiosa)?

Vine al mundo como Alcides José Beretta Curi, en 1946, en la inmediata posguerra. Mi infancia y adolescencia transcurrieron en el Reducto. Era un barrio un tanto heterogéneo, con hermosas residencias sobre las avenidas bulevar Artigas, Millán, Burgues, pero principalmente un barrio de sectores medios y de obreros. Se habían establecido allí varias industrias (textil, fósforos, alimentos, y otros rubros), barracas y numerosos talleres de fabricación y reparación, cuyos trabajadores estaban formados en los llamados *oficios*. Ese universo —ciertamente periférico a mi vida—, donde dominaban las herramientas, la manualidad y algunas máquinas— dejó profunda huella y muchas preguntas sin responder, que reaparecieron cuando mi trabajo de historiador.

1 Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.

2 A solicitud del entrevistado, esta entrevista fue respondida de forma escrita. De todas maneras, existió un fluido intercambio entre él y la entrevistadora.

3 Alcides Beretta Curi (Montevideo, 1946) es doctor en Historia y Geografía de América (Universidad de Barcelona) y licenciado en Ciencias Históricas (Universidad de la República). Fue profesor titular y director del Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos «Prof. Lucía Sala» y es investigador nivel III del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (ANII). Sus principales líneas de investigación refieren al rol de la inmigración europea —principalmente italiana— en la formación de un sector industrial artesanal en Montevideo, y su aporte al desarrollo de la agricultura y de la ciencia en Uruguay (1870-1914).

Cursé la primaria en la escuela Italia (Burgues y San Martín) y continué los estudios secundarios también en la enseñanza pública: Liceo n.º 1 «José Enrique Rodó» (en la calle Colonia casi Convención, desde hace años convertido en estacionamiento de coches), y la preparatoria en el Instituto Alfredo Vázquez Acevedo (IAVA), opción Abogacía/Notariado, plan de 1941.

La vida era muy sencilla, frugal y además muy ordenada. Me formé en un hogar católico, sujeto a una práctica religiosa que implicaba la misa dominical, la celebración de las llamadas *fiestas de guardar*, el rezo del rosario y una fuerte vivencia en las normas cristianas. Mi madre nos dio la enseñanza y el ejemplo de la caridad en la asistencia y respeto a los pobres, que fue para nosotros una escuela de solidaridad, y que abonó en nuestra juventud la conciencia de un mundo injusto que debíamos cambiar. En los hechos, una práctica del Evangelio que, laicizada, marcó nuestros derroteros futuros. Mi padre afiliaba al batllismo y era católico práctico; como todo batllista de conciencia, nunca dejaba de instruirnos en el pensamiento y la obra de don Pepe, de modo que nuestra educación en el hogar se tensaba entre dos polos de referencia que, aunque muchas veces antagónicos, sustentaban la imperiosa necesidad de un mundo «posible» de justicia social.

La sociedad montevideana de la década del cincuenta era muy rígida, aunque impregnada de valores cívicos que aprecio y a los que adhiero: en su inculcación fue indiscutible la enseñanza hogareña y fundamental el papel cumplido por la escuela pública. No obstante, era una sociedad aferrada a fuertes prejuicios, a convencionalismos sociales e ideológicos que, desde la adolescencia, me resultaban opresivos, y que comencé a cuestionar, como otros adolescentes y jóvenes de mi edad.

Esa sociedad, que yo percibía opresiva por sus fuertes entramados sociales —que se ha calificado de *hiperintegrada*— y sus prejuicios, tenía, desde luego, también sus virtudes, y entre su institucionalización y su crisis transcurrió nuestra niñez, adolescencia y temprana juventud.

Desde mi experiencia de vida, dos hechos se me presentan como mojones de esta historia. Tenía alrededor de seis años —¿1952?—, la mañana estaba fría, y caminaba con mi padre por 18 de Julio cuando, de repente, me apretó la mano y me habló imperiosamente: «Ese señor que pasa allí es el presidente de la República». Lo impreciso de la fecha en mi recuerdo me remite a Luis Batlle Berres o Andrés Martínez Trueba. Recuerdo un hombre con paso rápido y un sobretodo claro, y el hecho permaneció en mi memoria, no por el hombre en sí, un presidente, que a esa edad nada significaba para mí, sino por el apretón de manos y el tono de la voz de mi padre. Entiendo que fue algo así como una lección de civismo: en este país somos todos iguales, gobernantes y gobernados, circulamos por las mismas calles, compartimos un banco en la escuela y vamos a los mismos lugares. En la enseñanza, hay mensajes explícitos y otros tácitos... y, en efecto, fueron más importantes el timbre de su voz y su mano que el mensaje expresado. No habían transcurrido diez años y esa república modelo en América Latina —Albert Gilles (1952) llamó al Uruguay *pays beureux*— vivía una profunda crisis social y política.

El segundo hecho es bien preciso, se produjo el 11 de junio de 1970. Nuestro hijo tenía veinte días y había quedado con el abuelo de Ana —mi esposa— y con mi madre. Serían las 7.00 y debíamos estar a las 8.00 en el curso de Historia Americana II que impartía Juan Oddone, donde yo debía realizar la presentación del libro de J. F. Normano, *Evolução Econômica do Brasil*. No pude concretar la exposición porque al salir de casa nos esperaba un vehículo policial y fuimos detenidos «por averiguaciones», durante doce horas, en la jefatura de Policía. Doce horas incomunicados, encerrados en calabozos individuales. El hecho me impactó profundamente: ser detenido. La incertidumbre por la razón, no expresada al detenernos, alimentó en mí una creciente ira: era un ciudadano avasallado en sus derechos. Sentado en un sucio camastro, en la penumbra de esa celda que no permitía muchos pasos y con la débil iluminación que proveían una bombilla de 25

vativos y una minúscula banderola con rejas, rumiaba mis pensamientos, cuando comencé a reparar en la música de una radio lejana y voces que provenían de varios pisos más abajo. Poco a poco, la música no logró amortiguar los gritos de un hombre que estaba siendo torturado. Nunca olvidaré ese acontecimiento, anónimo —torturado y torturadores—, ignorado por la mayoría de los ciudadanos abocados a sus tareas cotidianas, y yo como un impotente testigo cuatro o cinco pisos más arriba. Ambos episodios, a los 6 y a los 24 años, se presentan hilvanados en mi existencia, uno como la construcción de un valor cívico, el otro como la hiriente burla del primero. No sé cuán ilustrativos son los relatos anteriores, pero para mí son dos instantáneas del mundo de experiencias tempranas, que concurrieron a moldear mi vida, y fueron marco de mis estudios.

En esos años, ¿ya había algún indicio de su opción por la Historia como profesión?

En los últimos años del ciclo escolar encontré cierto interés en la Historia, fruto de la conjugación de varios disparadores. Las maestras de sexto año nos llevaron a visitar dos sedes del Museo Histórico Nacional (las casas de Rivera y Lavalleja), visita que resultó profundamente motivadora. Destaco también la lectura como una importante opción en el tiempo libre para niños y adolescentes. A propósito, una vecina me regaló unas revistas viejas con fotos, mapas y un texto sencillo sobre las culturas andinas. Estas referencias fueron un importante estímulo para teclear —en la vieja máquina de escribir de mi abuelo, marca Mercedes— mi primer libro. Pese a contar solo once años, cierta sabiduría crítica me llevó, tiempo después, a descartarlo en la papelera.

¿Cuándo empezó a leer Historia? ¿Quién lo introdujo a este universo?

La Antigüedad clásica —más precisamente el universo griego— me deslumbró. Llegó primero por la literatura, con *La Iliada* y *La Odisea*, en versiones para adolescentes, y fueron regalos de mis tíos.

En la enseñanza secundaria fui alumno de la profesora Susana Mazzara —luego inspectora de esa disciplina—, una docente que sacudía la modorra de una enseñanza rutinaria por los temas que introducía, para provocarnos y llevarnos al terreno de la reflexión.

El despertar intelectual, en el campo de la Historia, fue inducido por el doctor Claudio Williman (h), quien impartía el curso de Historia Universal II, en el IAVA. No permitía el uso de manuales —en ese entonces estaban en boga los libros del profesor Evangelio Bonilla— y nos remitía a las obras de los más destacados historiadores, la mayoría de los cuales podíamos consultar en la biblioteca de ese instituto, una de las más importantes en el Montevideo de inicios de los años sesenta. A los 12 años, mis tíos me regalaron un libro sobre el Egipto faraónico, primer volumen en la formación de una pequeña biblioteca que fue creciendo con la compra de otros títulos de Historia, arte y literatura. Pero las primeras adquisiciones importantes (Louis Halphen, Henri Pirenne, Fernand Braudel, Gustave Glotz, Marc Bloch, Ernest Labrousse, *Lucien Febvre*, entre otros) fueron orientadas por el curso del doctor Williman.

¿Su historia familiar tuvo algo que ver con la elección?

Sin duda, la historia familiar incidió en la elección de una carrera universitaria. Mi abuelo italiano había realizado estudios de ingeniería naval y luego de una década de residencia en Uruguay ingresó como jefe de subestaciones de UTE. Siempre sentí una extraña ausencia y una cierta nostalgia por no haberlo conocido, dibujado por los cuentos de mi tía y unas pocas fotos que se conservaban en la familia. Recién llegado a Montevideo, y por varios años, trabajó en la construcción urbana, en el diseño de residencias de clase media. Mi padre había conservado varios de sus planos realizados para las subestaciones de UTE en el interior, y el diseño de máquinas. También

los planos de algunas casas que, ya hombre joven, busqué en varios barrios de Montevideo, y que hallé bien conservadas en su mayoría. Estimo que esta evocación inducida por los relatos de familia y la tangibilidad de los papeles y las tintas alimentó la admiración por este abuelo y me permitió —a la hora de trabajar mi vocación— una breve consideración respecto a cursar la carrera de ingeniero.

Mi padre —funcionario de UTE— realizó estudios de constructor en UTU; obtuvo el título, pero nunca ejerció esa profesión. Fue un hombre que trabajó muy duro desde joven —su progenitor falleció cuando mi padre tenía 17 años, y recayó en él sustentar la familia— y parte de su tiempo libre lo dedicaba a la lectura. La literatura y la Historia estaban entre sus principales preferencias. Si bien en nuestra casa los libros eran escasos, mi padre nos dio el ejemplo y despertó en nosotros el gusto por la lectura. Frecuentaba la biblioteca de AUTE⁴ y cada domingo, a la hora del almuerzo en casa de su hermana, había un espacio para resumir de forma amena y atrapante páginas históricas, la literatura de grandes autores y otras de «menor rango», como el género policial.

Mi madre despertó y estimuló en mí una vocación artística. Había estudiado en el Círculo de Bellas Artes y nos comentaba con afecto las clases del profesor Domingo Bazzurro. Me permito un recuerdo que asocio a esta influencia materna. En 1997, preparando con mi esposa un libro sobre carteles publicitarios (Beretta Curi y García Etcheverry, 1998), entrevisté a Susana Bazzurro, hija del pintor. Mientras conversábamos, desplegó diversos materiales pertenecientes a su padre, entre ellos una revista donde estaba fotografiado con sus alumnos durante una clase al aire libre, en el Parque Rodó. Mi vista recorrió las imágenes, y una de ellas había capturado a mi madre entre sus compañeros, mientras realizaban sus bocetos del natural. Mi madre había fallecido el año anterior y la sorpresa que generó ese registro fotográfico tuvo un fuerte impacto emocional. Ese hecho fugaz —una foto y la recuperación de esas conversaciones con ella cuando niño— produjo una conciencia momentánea de una vocación aflorada, que disfruté durante varios años como dibujante y pintor *amateur*, y que durante cierto tiempo acaricié como camino de vida, trabajando —muy joven entonces— para dos empresas de publicidad.

No puedo omitir la marca que dejó el tiempo vivido en la chacra de un tío, en Melilla. Fines de semana, vacaciones de julio y el verano, en contacto con la naturaleza, siguiendo muchas de las labores agrícolas, la vendimia, la cosecha de duraznos, manzanas y membrillos... la enseñanza informal contenida en los comentarios de los peones a un adolescente de la ciudad, bien sobre la tierra, los ciclos de las plantas, o respondiendo a mi curiosidad por los arados y otras herramientas. Finalmente y entre dudas, no transité ninguno de estos caminos que parecían convocarme con fuerza... y no me arrepiento de la elección final. Sin embargo, todos ellos están presentes en mis investigaciones y en mis libros: máquinas e ingeniería en el espacio industrial, el arte en el cartel publicitario y, más recientemente, en el taller artesanal-artístico vinculado a la construcción (vitales, grabado en vidrio, yesería, herrería artística, etc.), la agricultura y, en forma destacada, la vitivinicultura.

¿Cuándo y cómo supo que quería estudiar Historia? ¿Le interesaba solo la investigación o también la docencia?

Al finalizar el segundo año liceal, con 13 años, ya había decidido que me graduaría como profesor de Historia. En 1964 ingresé a la Universidad, y cursé primer año en la Facultad de Derecho mientras comencé a preparar el examen de ingreso al IPA, examen que nunca rendí. El problema social despertó mi interés por el derecho penal, y pensé en ambos campos de estudio, el Derecho y la Historia. Sin embargo, la aventura en el campo del derecho no resistió más que dos exámenes

4 AUTE: sindicato de obreros y empleados de UTE.

y me sentí liberado cuando ese mismo año abandoné la carrera y al año siguiente ingresé a la Facultad de Humanidades y Ciencias, sita entonces en Cerrito 73 y Juan Lindolfo Cuestas. No tenía una idea muy clara de lo que significaba la investigación, y la elección se orientaba decididamente a la enseñanza y a escribir.

¿Cuál fue la reacción de su familia ante esta elección? ¿Lo acompañaron?

En cuanto a nuestras decisiones respecto al estudio, tanto mi hermana Carmen como yo siempre recibimos el apoyo de nuestros padres. La sociedad uruguaya, en particular sus clases medias, valorizaba el estudio como una herramienta de desarrollo personal y ascenso social. Reconozco, sin embargo, que aun cuando nuestros valores de generación crítica no reparaban en la inserción laboral ni en el estatus que otorgaba una profesión, éramos de hecho funcionales a las aspiraciones de nuestros progenitores.

Mi padre me alentó en los estudios de abogacía y de Historia en el IPA, que no fueron, en su momento, más que prematuros balbuceos por ubicar mi vocación en la estructura de carreras. Pese a mis dudas, estos primeros balbuceos habían entusiasmado a mi padre. Cuando lidiaba muy desmotivado con el tercer examen en la Facultad de Derecho, nos visitó un primo (sacerdote jesuita) que en una breve conversación me ayudó a resolver esa situación crítica: abandonaría esos estudios e ingresaría a la Facultad de Humanidades. Recuerdo que mi padre se sintió muy decepcionado por lo que consideraba una precipitada resolución y me expresó su preocupación respecto a que también abandonara el ingreso al IPA, en pos de unos estudios universitarios de los que carecía de referencias y que no abonaban un promisorio futuro. Durante meses indagó entre profesionales amigos sobre la Facultad de Humanidades y Ciencias, qué se podía estudiar allí y qué perspectivas profesionales prometía, pero la información que recibía le intranquilizaba cada vez más. Esta coyuntura crítica en los estudios fue el primer desencuentro con mi padre, preludio de otros más intensos, en los meses siguientes, cuando me inicié en la actividad política y gremial.

¿Qué recuerdos tiene de esos años de estudio en la facultad en el puerto (compañeros de clase, profesores, primeras experiencias de investigación, temas de interés)?

Ingresé a Humanidades en 1965, pero el año anterior, mientras cursaba Derecho, asistí en calidad de estudiante libre al último curso que impartió el doctor Gustavo Beyhaut —previo a su radicación en París—, que fue un desafío intelectual. En primer lugar, porque América Latina se reducía en la secundaria a la América colonial y en este curso se nos presentaba una visión general sobre el continente desde mediados del siglo XIX a las primeras décadas del XX. En segundo lugar, no se trataba de una historia fáctica, y el curso era totalmente novedoso por los temas y problemas abordados: población, trabajo y salario, urbanización, europeización, imperialismo. Las referencias bibliográficas y los problemas planteados en el curso proponían un trayecto un tanto diferente a mi experiencia con la disciplina, abrían ventanas a una nueva forma de presentar y analizar la historia de esta región del mundo. Admito que fue una dosis prematura para quien no había iniciado formal y ordenadamente los estudios en ciencias históricas, ya que se trataba de un curso avanzado de la licenciatura. No obstante, dejó en mí una profunda huella y motivación.

Haciendo a un lado algunos inconvenientes, como la ubicación lejana del edificio universitario —en el final de línea de los buses con destino «Aduana»—, la exposición en invierno al viento gélido del sur o las precarias instalaciones en las aulas, esos años constituyeron por muy diversos motivos una edad dorada en mis recuerdos. Allí se alojan tanto la forja de una vocación, las primeras experiencias en investigación, el diálogo enriquecedor con los docentes de la licenciatura —en

especial con aquellos que marcaron nuestros trayectos—, como las primeras militancias gremiales y políticas, y un nudo de amistades y afectos, entre los que se ubica mi matrimonio.

De los docentes de la licenciatura destaco tres en particular: Blanca Paris de Oddone, Juan Antonio Oddone y Lucía Sala de Tourón.

Blanca Paris fue una figura de referencia para los estudiantes, principalmente en los primeros años de cursada. Investigadora del Instituto de Ciencias Históricas, siempre bien dispuesta a orientar en la exploración de fuentes documentales y recursos bibliográficos, una interlocutora afable, muy comprometida con la vida universitaria, ya entonces destacaba como la historiadora —luego asociada a su esposo— de nuestra casa mayor de estudios.

En esa década (del sesenta) y hasta la intervención de la Universidad por la dictadura, fue Juan Oddone el que convocó a quienes teníamos la investigación como norte. Su curso de Historia Americana y principalmente su Seminario de Historia de la Cultura cumplieron un papel fermental. No solo por la introducción de historiadores recientes en la bibliografía recomendada; frente al predominio de los autores españoles y en especial franceses, Oddone introdujo nombres destacados en las historiografías anglosajonas, y también latinoamericanas. La serie Estudios Monográficos de Historia de la Cultura, que publicó durante más de una década, es ilustrativa al respecto. El régimen de seminarios fue también una novedad, y una herramienta principal en la formación de jóvenes investigadores, algo que recoge muy bien una nota de Ana María Rodríguez Ayçaguer (2012). De esa época reconozco dos legados de Juan Oddone en mi formación. En primer lugar, el régimen de seminario, pieza especial en un programa académico, modalidad que incorporé a mi labor docente universitaria hasta mi reciente retiro. El segundo legado, despertar mi interés por el estudio de la inmigración europea al Plata, línea de investigación que atraviesa toda mi producción historiográfica.

La generación de los sesenta aportó destacados investigadores en las distintas disciplinas que se cultivaban en la facultad. Fueron y son tantos que desisto de nombrarlos por no incurrir en omisiones no deseadas, por lo que me limito a tres compañeros de entonces que continúan hoy en mis cercanías, todos ellos investigadores en la Universidad de la República y con destacadas trayectorias: Ana María Rodríguez Ayçaguer, Raúl Jacob y Graciela Sapriza. Además, con Raúl y Graciela compartimos, unos años más tarde, la publicación de un libro (Beretta Curi, Jacob, Sapriza y Rodríguez Villamil, 1978).

En cuanto a los primeros trabajos de investigación, me interesé por el ciclo de las revoluciones emancipadoras —acompañando a Lucía Sala en el curso de Historia Americana I, durante varios años—, que plasmé en algunos textos para uso en la enseñanza secundaria y en artículos publicados en revistas de Historia, cuando vivía en España. El tema central que atraviesa toda mi labor como historiador —y que se originó cuando cursaba la licenciatura— privilegia la inmigración europea y su protagonismo en el desarrollo de un sector industrial-artesanal, al que en las dos últimas décadas he incorporado el aporte de la inmigración europea en promover la agricultura y en especial la vitivinicultura.

Su etapa como estudiante se enmarca en la década del sesenta, ¿cuánto influyó este convulsionado contexto en su formación?

Esos años de la década de los sesenta, correspondientes a mis estudios en la preparatoria y en la Facultad de Humanidades, se ubican entre los más intensos de mi vida. Trabajábamos y estudiábamos en un clima de cierta euforia, se respiraba utopía. Una mística, la de la revolución, sacudía el mundo occidental, desde la vieja Europa y los Estados Unidos, a la América Latina. En esa palabra se cargaba todo, desde un nuevo concepto de las relaciones amorosas, un nuevo

posicionamiento de la mujer en la sociedad, a la liberación del oprimido, la justicia social, la forja de un mundo mejor. En síntesis, un cambio radical. Asambleas y discusiones hasta la madrugada, compromiso social y militancia. El ingreso a la Universidad nos abrió a nuevas lecturas, en las que el marxismo campeaba con fuerza. Nuevos autores y temas nuevos ingresaron a nuestros intereses: Frantz Fanon, la «revolución cultural» de Mao Tse-tung (Mao Zedong), las resonancias de la conferencia de Bandung y la lucha de los pueblos asiáticos y africanos contra el colonialismo y el neocolonialismo, y, en nuestra América Latina, el Che, Fidel Castro y la revolución cubana. El Uruguay, que se reconocía tan europeo —sobre todo tan francés—, se nos presentaba cada día más distinto y más latinoamericano.

Para un católico comprometido con la sociedad en que vivía, también el mensaje cristiano se exponía, muy renovado, buscando sus raíces históricas y espirituales, con un aire fresco que ingresaba a una iglesia conservadora, de la mano del Concilio Vaticano II y la figura de Juan XXIII. En ese contexto, es interesante seguir la evolución de las iglesias cristianas y el ecumenismo, principalmente de la católica y metodista, por el papel que jugaron en acompañar las propuestas de cambios de la sociedad y, más tarde, en la resistencia a la dictadura. Descubrir esta nueva perspectiva que hundía sus raíces en el evangelio habilitaba a comulgar con las fuerzas progresistas y de izquierda de este Uruguay conmovido por la crisis y la agitación social.

También el armonioso ambiente familiar —importante contexto para nuestras vidas y estudios— pronto se desestabilizó con el crecimiento intelectual y el descubrimiento de los ámbitos políticos y gremiales. Con estos nuevos aires ingresaron a los hogares sonos de disidencia, enfrascadas discusiones con los progenitores, sacudidos por un nuevo léxico del militante juvenil, que irrumpía con términos inquietantes (*lucha de clases, oligarquía, imperialismo, amor libre*, etc.). Fueron años que nos maravillaron por descubrimientos personales y experiencias nuevas: un nuevo mundo estaba al alcance de la mano y, por su imperiosa impaciencia, parecía no demorarse demasiado. Al mismo tiempo, fueron años muy duros, de discusiones muy fuertes en los hogares, enojos y resentimientos, muchas veces de rupturas familiares... y hoy puedo reconocer un gran dolor de nuestros padres, que no lograban sintonizar con nuestras demandas y cuestionamientos, aun que más tarde acompañaron nuestros sueños por un mundo mejor.

Cuando ingresé a Humanidades, mi vocación por la Historia antigua era contundente y, por lo tanto, incorporé al programa los estudios de latín y griego. La firmeza de esta elección no llegó a dos años, ya que los golpes de Estado en Brasil (1964) y en Argentina (1966) impactaron en nuestras conciencias. Al mismo tiempo, profesores universitarios de ambos países se exiliaron en Uruguay y algunos de ellos fueron contratados por la Universidad. Asistí al curso que impartió Tulio Halperin Donghi en nuestra facultad (1966), y fue lo suficientemente removedor para que ese año resolviera dedicarme a la Historia de América Latina y Uruguay. Además, el compromiso con el momento histórico dio un giro radical a mis estudios.

¿Tenía influencias o formación política? ¿Militaba en algún sector u organización (estudiantil, sindical, gremial)?

Mi padre afiliaba a la corriente batllista dentro del Partido Colorado y admiraba a José Batlle y Ordoñez y su obra. Algunos de mis tíos maternos eran batllistas también, pero mi familia no reconocía militancias políticas en sus miembros. De adolescente, seguía con interés las, generalmente encendidas, discusiones en los almuerzos dominicales de la familia, pero llegado el lunes, la semana recuperaba su dimensión más opaca de lo cotidiano y don Pepe, los blancos y algún acontecimiento destacado del momento se desvanecían hasta el siguiente fin de semana.

Mi referencia principal fue la Iglesia católica. Desde el campo literario, autores como Maxence Van der Meersch, François Mauriac, Graham Greene, entre otros, estimularon una sensibilidad especial hacia los temas sociales. Esas lecturas se completaron con otras de autores que encaraban, desde la fe, una crítica a los valores del orden burgués y planteaban la alternativa de una sociedad nueva, como Charles Péguy y Emmanuel Mounier. La profesora Susana Mazzara me condujo a la lectura de Jacques y Raissa Maritain. Fueron años acelerados, de un cierto vértigo, en los que la dimensión más intelectual del cristianismo se nutría con la experiencia del padre Justo Asiaín —fundador del grupo Bethania en un conventillo próximo al puerto—, hasta tomar contacto con las primeras expresiones locales de la teología de la liberación y el jesuita Juan Luis Segundo. De esta época, el impacto más fuerte en la relación entre ciencia y fe fue el descubrimiento de la persona y obra de Teilhard de Chardin, silenciado por la autoridad eclesiástica. Este ámbito de lecturas y reflexiones cristianas, un cuestionamiento al orden desde el orden, me impulsaron a «salir al mundo», donde con otros jóvenes católicos nos vinculamos a las corrientes de izquierda, tanto en la política como en la vida gremial universitaria.

El Centro de Estudiantes de la Facultad [de Humanidades y Ciencias] (CEHYC) fue un lugar natural para el inicio de mi militancia durante un par de años, aunque nunca ocupé cargos directivos. Exploré varios espacios políticos (democristianos, socialistas, anarcos) y participé en las movilizaciones y encuentros preparatorios del Congreso del Pueblo y la formación de la [Convención Nacional de Trabajadores] CNT. No afilié a partidos políticos y, desde mi salida de la Iglesia católica, en 1968, me conservo con total independencia de toda filiación religiosa o política.

¿Qué consecuencias tuvo la dictadura para su familia?

Devastadora. Fue el más terrible evento a nivel familiar y social. Presos políticos en mi familia, entre ellos mi hermana. Compañeros presos, y también desaparecidos, como Oscar Tassino, a quien conocí cuando éramos niños —con su hermano Javier compartí los seis años de la primaria en la escuela Italia—, Elena Quinteros —compañera de estudios en la Facultad de Humanidades y Ciencias—, también desaparecidos algunos vecinos de la Curva de Maroñas, barrio donde vivíamos a inicios de la década del setenta. En 1974 estuve detenido dos semanas en el Cilindro Municipal, con muchos manifestantes del Primero de Mayo, y donde también estaba «alojada» la dirección del semanario *Marcha* (a raíz de la premiación del cuento «El guardaespaldas», de Nelson Marras). Y allí también se encontraba el maestro Julio Castro... poco después desaparecido.

Allanamientos de morada a cualquier hora del día, a veces acompañados de detenciones, y los allanamientos masivos a través de la «operación rastrillo». Siempre la revisión de las bibliotecas personales y la requisa de libros, discos y otros bienes culturales que despertaran la sospecha de «material subversivo» por parte de quienes conducían estos operativos.

Represalias por motivos ideológicos en la función pública; la intervención de la enseñanza secundaria durante la presidencia de Jorge Pacheco Areco se profundizó durante la dictadura. En ese ámbito de la enseñanza se vivía a sobresaltos, aguardando al inspector que ordenaría tu destitución.

La experiencia del miedo, el avasallamiento y el despojo de cualquier derecho, una vivencia opresiva intemporal cuyo final no se avizoraba. La fragmentación de los vínculos por desapariciones forzadas, presidio, muerte, insilio, exilio. Una imagen nueva: las colas en cuarteles y lugares de detención para visitar a los familiares presos. Experiencias y vivencias tan dolorosas, mortificantes y desoladoras, como indescriptibles e intransferibles, un tanto amortiguadas por distintas expre-

siones de solidaridad. En fin, sentir que te han confiscado una parte de la vida: valiosos y bellos años de la juventud.

¿Cómo lo marcó la experiencia del exilio en España? ¿Estudió y trabajó allí?

La recuerdo como una muy buena experiencia, por la gente que conocí —vascos, andaluces y sobre todo catalanes, algunos latinoamericanos, muy pocos uruguayos—, y de la que conservo agradables y solidarios recuerdos. Trabajé inicialmente en la venta de obras de arte —litografías seriadas y firmadas de Joan Miró, Pablo Picasso, Wilfredo Lamb, Antoni Tàpies, Oswaldo Guayasamín y muchos otros plásticos de todas partes—, y si bien logré vender varias obras, no generaba ingresos suficientes para mantener un hogar. Poco después ingresé como «lector» de originales, a destajo, en las editoriales Planeta y Laia, esta última, una pequeña editorial catalana de enfoques críticos y de izquierda. Este trabajo tenía no sólo una marcada informalidad, sino también sus temporadas en las que, en el caso de Planeta acrecía cuando los distintos concursos que convocaba. El trabajo estable lo proporcionó el ingreso al Colegio del Sagrado Corazón, en la calle Bailén, de Barcelona —a cargo de la congregación del Sacré Coeur, las monjas más increíblemente humanas y solidarias que he conocido—, donde me desempeñé como docente de enseñanza media desde fines de 1980 hasta el retorno a Uruguay. Simultáneamente, ingresé al doctorado en la Universidad de Barcelona en setiembre de 1981 y defendí la tesis en mayo de 1985. En España, como lo había sido en Uruguay, siempre trabajé y estudié.

¿A qué autores se acercó estando en Europa? ¿Considera que este conocimiento de otra historiografía lo marcó como historiador? ¿Mantuvo el vínculo con colegas uruguayos?

Adelanté en la pregunta anterior que los casi seis años en Barcelona fueron una muy buena experiencia, por varias razones. Por un lado, por valorar la memoria. Los catalanes celebran la Diada (Día de Cataluña) cada 11 de setiembre, en que recuerdan la toma de la ciudad por las tropas de Felipe V en 1714, luego de un largo asedio. Los últimos resistentes fueron fusilados y enterrados en una fosa común. Este episodio histórico significó para el pueblo catalán la pérdida de sus instituciones y sus fueros. Doscientos cincuenta años más tarde, mantenían viva la memoria de esos días luctuosos. Durante las dictaduras latinoamericanas de los años setenta y ochenta, la Diada se convirtió en una manifestación que integraba a cientos de exiliados del continente. Me conmueve la enseñanza de esta celebración: no olvidar hechos monstruosos, para que no se repitan. En segundo lugar, despertó en mí un interés muy grande por la historia de España —especialmente de Cataluña— y de la guerra civil. Tanto es así que cuando el retorné a Uruguay consideré la posibilidad de postular como docente en el curso de Historia y Cultura Ibérica, suprimido del programa de la Licenciatura de Historia, a fines de la década del noventa.

Desde mi llegada a España me vinculé con la revista *Historia 16* —académica, pero de divulgación—, en la que colaboraban catedráticos españoles y algunos europeos, y que fue abriendo sus páginas a la colaboración de investigadores latinoamericanos. En esa época nació mi interés por publicar en revistas académicas (*Studi Emigrazione*, de Roma, *Boletín Americanista*, de la Universidad de Barcelona, entre otras) e inicié los primeros contactos por correspondencia con algunos investigadores europeos.

En la Universidad de Barcelona conocí al profesor Rafael Aracil, un estudioso de la industrialización en Valencia, quien impartió un curso sobre protoindustrialización que me dio un marco de referencia nuevo para la revolución industrial europea y arrojó luz sobre los orígenes de la industria en América Latina. No fui alumno de Carlos Martínez Shaw, entonces vicerrector en la Universidad de Barcelona, pero asistí a sus conferencias sobre el comercio catalán y América

colonial (siglo XVIII). El vínculo principal fue con el departamento de Historia y Arqueología, donde se concentraban los americanistas, entre otros, Pilar García Jordá y Miquel Izard i Llorens, quien fue mi director en el doctorado. Izard fue un referente por sus estudios sobre la Cataluña del siglo XIX, y algunas de sus principales investigaciones abordan la industrialización en el principado, así como las tensiones entre la burguesía catalana y las organizaciones obreras. Su prestigio intelectual se rodeaba de la aureola de su militancia antifranquista, que le valió el exilio en Venezuela. Cuando lo conocí, sus publicaciones ya se centraban en el campo de la Historia americana, siendo relevantes sus investigaciones sobre la Venezuela en tránsito del estatus colonial a la independencia, escenario en el que asignó un interés principal a los «llaneros»,⁵ a quienes dedicó numerosos trabajos. Más lejano fue el trato con el historiador Josep Fontana, entonces en la [Universidad] Autónoma de Barcelona.

Entre las lecturas más importantes sobre la historia española y catalana de entonces destaco a Pierre Vilar, Miquel Izard, Josep Fontana, Manuel Tuñón de Lara, Miguel Artola, Ramón Garrabou, Jordi Nadal, Enric Ucelay-Da Cal...

En el último tramo de nuestra estadía en Barcelona me vinculé muy brevemente con un grupo de historiadores de una publicación catalanista de fuertes connotaciones intelectuales, la revista *L'Avenç*.

Desde luego, esta intensa experiencia intelectual dejó un legado invaluable en mi formación. Sin embargo, la inserción en la Universidad de la República implicó la participación en otros temas y problemas de investigación, lo que redundó en debilitar y perder muchos de esos vínculos creados cuando residí con mi familia en el exterior.

¿Qué tan difícil fue compatibilizar la vida académica con la familiar? Su hijo, Ernesto, optó por estudiar antropología y especializarse en Historia del arte, ¿cree que su influencia fue determinante?

Nunca encontré incompatibilidad entre la vida académica y la familia. Ana, mi esposa, cursaba la Licenciatura de Historia cuando nos conocimos y en 1968 nos casamos. Indudablemente, en nuestro hogar los libros fueron un bien muy preciado y llegamos a construir una biblioteca con varios miles de volúmenes. Desde muy pequeño, nuestro hijo estuvo familiarizado con los libros, especialmente los de arte. La actividad intelectual «contamina» el transcurrir cotidiano y puede actuar como estímulo para los hijos... pero no me corresponde a mí responder esta pregunta, sino a Ernesto.

Desde el año 1985, se desempeña como docente en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. ¿Cómo ingresó? ¿En qué áreas se desempeñó? ¿A quiénes tuvo como compañeros de trabajo? ¿Participó en equipos de investigación? ¿Qué temas le interesaban?

Retorné con Ana, mi esposa, y Ernesto, nuestro hijo, a fines de 1985. Mi padre tenía un poder notarial para inscribirme en el llamado para proveer los primeros cargos del recién creado Centro de Estudios Latinoamericanos (CEL). Ingresé como asistente (grado 2, 20 horas). Durante los dos primeros años compartía la actividad universitaria con las funciones de coordinador en el nivel preuniversitario de un colegio privado. La propuesta de dedicación total fue una dura lucha interior, pues trabajé durante más de veinte años, con gran dedicación y disfrute, en la enseñanza media. En 1988 pasé a la condición de investigador de tiempo completo, y allí transcurrió mi vida académica, recorriendo los sucesivos grados del escalafón docente y cumpliendo funciones de director durante siete años, hasta mi reciente retiro.

5 Llaneros: población de los llanos del Orinoco, en la zona ganadera, con ciertas similitudes al gaucho rioplatense.

En este centro participé por primera vez en un equipo de investigación que, además, reunía la particularidad de su composición multidisciplinaria. Creado en 1985, Lucía Sala fue su primera directora e instaló allí un proyecto sobre «Dictaduras y transición democrática en el Cono Sur y Brasil». Integré el núcleo de trabajo sobre Argentina, del cual resultaron algunas publicaciones colectivas y otras individuales. Sin embargo, no caminé cómodo con la historia reciente: necesito considerable distancia con el objeto de estudio, no sólo distancia temporal, sino también emocional. No fue fácil ni breve defender ante Lucía mi retorno al siglo XIX...

¿Qué significó Lucía Sala para su carrera? ¿Qué recuerda de ella como historiadora y como colega?

En 1967 conocí a Lucía a través de sus libros y me impactaron profundamente los estudios del equipo que ella conformaba con Julio Rodríguez y Nelson de la Torre, al que más tarde se incorporó Rosa Alonso. Las investigaciones realizadas por estos historiadores sobre la sociedad colonial, la formación del latifundio en la Banda Oriental y, sobre todo, el documentado estudio sobre el reglamento de tierras de 1815 fueron muy renovadores, no solo por las fuentes documentales a las que se recurrió, sino por la metodología de trabajo sustentada en el marxismo, que irrumpía con alta calidad académica en la historiografía uruguaya.⁶

Tres años más tarde, siendo estudiante, conocí a Lucía personalmente cuando ingresó como docente responsable del curso Historia Americana I. Se comunicaba muy bien con su auditorio joven, y era la única docente que a la hora del corte de 15 minutos para el café continuaba el diálogo con sus alumnos. Su exposición era muy informada, aguda, esclarecedora y reflexiva. Y esas cualidades se potenciaban en las instancias en que nos devolvía la lectura de nuestros borradores para la monografía con que se aprobaría el curso. Sabía preguntar, desafiando siempre nuestra capacidad intelectual. Entre 1971 y 1973 la acompañé en sus cursos en calidad de colaborador honorario y, desde su destitución por las autoridades interventoras de la Universidad en 1973, nos reuníamos en su casa. En 1975 se refugió en la Embajada de México y no la volví a ver hasta 1982, cuando nos visitó en Barcelona. Nos reencontramos a fines de 1985 en Montevideo.

Desde entonces, hasta su fallecimiento en 2007, compartí con Lucía dos décadas de trabajo, siempre enriquecedoras, no exentas de tensiones y discrepancias. El seminario que convocaba semanalmente fue un espacio privilegiado para el estudio de la América Latina contemporánea y en el que volcó el conocimiento acumulado y enriquecido durante su estancia en la UNAM. La crisis del «socialismo real» la llevó a una relectura del marxismo que, renovado en su acervo, le permitió debatir y cuestionar, dejando una extensa obra inédita sobre la democracia y América Latina.⁷

De esos diálogos prolongados, y en lo que respecta a la nueva línea de investigación que yo iniciaba, reconozco sus aportes privilegiados. Tengo muy presentes los debates en torno al concepto *burguesía*, subsumido en el tratamiento de la emergente industria de fines del siglo XIX. El predominio del taller, la manualidad y la herramienta no encajaban en ese término —si bien de esa masa de talleristas, numerosos individuos, despegaron hacia la gran empresa—, lo que alimentó una aguda discusión para el análisis del empresariado uruguayo. De allí surgió un concepto que Lucía propuso en nuestras conversaciones: *burguesía pequeña*, cuya profundización y acuñación quedó truncada por su muerte. Aunque nunca fui marxista, reconozco en el diálogo con Lucía un aporte iluminador a mi trabajo.

6 Anteriormente, algunos autores intentaron una lectura de la historia uruguaya desde el marxismo; el más destacado fue Francisco R. Pintos.

7 Esa obra inédita originó tres volúmenes que, entre este año y el próximo, serán publicados por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, con apoyo de Rectorado.

Lucía era una mujer de fuertes convicciones y una contrincante formidable, y debo señalar que sus compromisos políticos no afectaron, por sectarismo, la evolución de su pensamiento ni las relaciones con quienes la rodeamos, aun cuando no compartiéramos muchas de sus opciones.

¿Qué otros historiadores lo influenciaron? ¿A quiénes leía?

Cuando retorné al Uruguay e ingresé a la Universidad como investigador, inicié un conocimiento y un diálogo con José Pedro Barrán. Fue un querido colega, siempre generoso con su tiempo y su saber... Durante varios años, los martes a mitad de la mañana nos encontrábamos y nos tomábamos un café o un té en el bar El Polvorín, frente a la actual Facultad de Psicología; esas conversaciones de media hora siempre han aportado a mi cultura y a mi trabajo como historiador. Los temas que abordó desde la década del noventa fueron una renovación de los estudios históricos en Uruguay, no siempre bien recibidos por algunos de sus colegas. Debo destacar que la brillantez de su trabajo intelectual nunca opacó su condición de ser humano excepcional.

Leo mucho, permanentemente. Desde luego a mis colegas de las redes, pero también a un extensísimo universo de autores contemporáneos a quienes no conozco personalmente ni mantengo contacto epistolar. Imposibles las menciones, por su extensión.

Sus principales temas de investigación han sido las gremiales empresariales, la inmigración, la industria. ¿Cómo llegó a cada uno de ellos? ¿Cuánto tuvo que ver su ascendencia italiana con la elección de algunos de sus temas de investigación?

Mi interés por las gremiales empresariales se inició en la década del noventa. Primero la Liga Industrial y la Unión Industrial Uruguaya, luego la Cámara de Comercio Italiana (CCIM) y actualmente la Asociación Rural del Uruguay (ARU).

Las dos primeras forman parte de mis estudios sobre el sector industrial-artesanal montevideano y tienen antecedentes en algunos trabajos monográficos realizados cuando estudiante universitario.

El interés por la CCIM se inserta en una línea de trabajo sobre la inmigración italiana al Uruguay y la formación del empresariado urbano. Mi ascendencia italiana pudo alimentar esta iniciativa, pero la razón principal radicó en la participación muy elevada de los italianos en las actividades artesano-industriales y también en el comercio.

Por último, la ARU ingresó como tema de interés en el marco de una investigación sobre la vitivinicultura uruguaya, ampliada recientemente a la agricultura. En estos dos últimos casos (CCIM, ARU), luego de largos meses de conversaciones con los directivos de esas instituciones, logré que se me permitiera el acceso a sus archivos. Encierran valiosísimas colecciones documentales que no están inventariadas, catalogadas ni organizadas para la consulta: un depósito de papeles más que centenarios. Pese a las dificultades que eso implica para el investigador —revisar hoja a hoja, folio a folio, en fragmentados arcos temporales, entre el polvo y los ácaros—, esas dificultades son compensadas por un material invaluable para los estudios que llevo en curso.

Es cierto que he destinado a las gremiales una gran dedicación en horas de trabajo y varios libros. Pero los centros de interés de mi investigación se ubican en los espacios e instancias de trabajo, allí donde se registra la creatividad humana. En años recientes fueron las redes de agricultura y los procesos de innovación que se generaron en su seno; actualmente, mi interés principal está en el taller del artesano. De todos modos, nunca un tema focal en mi investigación desplaza a los anteriores.

¿Qué etapas de la investigación disfruta más?

Diría que todas. No trabajo en archivos públicos, por lo que es necesario, en primer lugar, ubicar las fuentes, tarea que implica explorar y descubrir en ámbitos privados repositorios que siempre corren el riesgo de destruirse. O sea, un primer paso es recurrir a la guía telefónica y buscar descendientes del personaje que me interesa investigar. Este primer paso es una incógnita. No pocas veces me recibieron con estas palabras: «si hubiera venido el mes pasado tenía las cartas de mi abuelo», «tenía los primeros libros de contabilidad del taller», «tenía ...». En la mayoría de los casos se encuentra documentación, abundan las pequeñas colecciones, que no por pequeñas son menos importantes y pueden contener información privilegiada. Un caso ilustrativo fue el archivo de Carlos Varzi, que custodiaba parte de la papelería de su abuelo Pablo Varzi, empresario multifacético, uno de los pioneros de la viticultura uruguaya y primer presidente de la actual Cámara de Industrias del Uruguay (CIU).

Igualmente disfrutables fueron el proceso de lectura de esas fuentes y los registros de la información. En esa etapa se construyen en la mente los primeros borradores de una historia, también de varios textos. A esa etapa se asocian otras acciones de búsqueda de información complementaria, principalmente en internet, con colecciones digitales de libre acceso. Por ejemplo, en una línea nueva de trabajo sobre agricultura e inicios de la ciencia en Uruguay, parte de la investigación se sustentó en consultar la colección de revistas científicas francesas del siglo XIX en Gallica (biblioteca digital de la Biblioteca Nacional de Francia). Ese estudio hubiera sido imposible sin este recurso.

La etapa de devoluciones se presenta como una instancia tan enriquecedora como gratificante; tarea que se ambienta en nuestro Seminario Permanente de Investigación. A veces, la lectura crítica solicitada a un colega en el exterior, o bien los juicios y sugerencias de los evaluadores anónimos, cuando la presentación de artículos para revistas científicas.

Es muy disfrutable el proceso de escritura y la selección de material iconográfico —al que cada vez otorgo mayor importancia—, y extensivo al trabajo con el equipo de corrección de estilo y del diagramado del libro. Igualmente disfrutable, compartir los tiempos de trabajo con los jóvenes de ambos equipos de investigación, uno formado en 2000 y otro en 2015.

Algunas de sus investigaciones lo han llevado a un contacto cercano con gremiales empresariales, familias empresarias. ¿Qué le ha dejado esta experiencia? ¿Cómo ve ese mundo empresarial la labor de un historiador profesional?

A lo largo de las tres décadas en que he desarrollado vínculos con organizaciones empresariales y familias de empresarios, los términos de ese contacto han sido muy cordiales y con buena disposición de su parte en cuanto a brindar acceso a los acervos que están en su custodia. Algunos interlocutores manifiestan reservas respecto al uso que se puede dar a esa información en detrimento de un antepasado o de una institución. Un episodio con humor sucedió a mediados de la década del noventa. Inicié conversaciones telefónicas con el nieto de un empresario y finalmente accedió a mostrarme los materiales que conservaba. Adelanto que la empresa había cerrado en 1929. Era un señor muy mayor, con expresión poco amistosa, que expuso sobre una mesa —ambos de pie, no había una silla o banco a la vista— una decena de libretas y correspondencia. Revisé con mucho interés el material y, para mi sorpresa, cuando vio que tomaba un cuaderno con el registro de los salarios pagados a inicios de 1920, me espetó: «Usted es de la DGI. ¡Váyase!», y ahí terminó la entrevista. Pero en la mayoría de los casos, luego de los primeros encuentros y conversaciones, los entrevistados dejan en libertad al investigador para realizar su trabajo.

En cuanto a cómo ven el trabajo del historiador, se registra una gran variedad de situaciones. Hay quienes creen que somos acopiadores de cosas viejas —como sucede con algunos miembros de sus familias—, o que nuestros estudios contribuyen a rescatar parte de la historia familiar perdida, o a dar mayor brillo a un apellido. Algunos se han preguntado respecto a terceras intenciones, sentimientos y objetivos no manifiestos, ocultos, peligrosos, como exhibir aspectos vergonzosos de la historia familiar o empresarial. En tiempos más recientes reconozco que he ganado un respeto por el trabajo como historiador y una señal ha sido la apertura de revistas empresariales a la colaboración con artículos históricos —como sucede con *Espacio Industrial*, de la CIU, o, anteriormente, con el *Boletín de la Cámara de Comercio Italiana en Uruguay*—, o la opción por un libro conmemorativo institucional que me confían: los cien años de la CIU, los 120 de la CCIM y, más recientemente, los 75 años del Centro de Bodegueros del Uruguay.

¿Qué aprecia y qué desprecia de la vida académica?

Los ámbitos intelectuales, académicos, artísticos favorecen el desarrollo de egos muy fuertes. No se escapa fácilmente de esta dimensión de vanidad que poco tiene que ver con el cultivo de la ciencia y las humanidades. Me molesta mucho. Por cierto que esta perspectiva crítica no me salva de este riesgo, casi natural e intrínseco a nuestro oficio.

De la vida académica aprecio la generación de conocimiento original, la inteligencia aplicada a la comprensión y resolución de problemas, el diálogo fértil con colegas y estudiantes, que nos permite retornar enriquecidos a nuestro quehacer personal, el perfil modesto en colegas de destacadísimas trayectorias, el concurrir a la formación de jóvenes investigadores y ser testigo de su desarrollo ulterior, el aportar al desarrollo de los espacios institucionales. En las últimas décadas, la oportunidad del trabajo interdisciplinario.

Hay dos aspectos que me preocupan de la vida académica. En primer lugar, el acrecentamiento de tareas burocráticas, de gestión, de enseñanza, y otras muchas, que lleva a preguntarnos: ¿hay tiempo para investigar? No es un problema específico de la Universidad de la República, esta situación se viene replicando en todas partes, y es especialmente visible en las universidades estatales. En los últimos años, quienes ocupan cargos superiores o detentan una dedicación total viven abrumados. Ni pensar en las obligaciones que genera a nivel administrativo y académico desempeñarse en la dirección de un instituto o un departamento, o tener la responsabilidad de un posgrado.

El segundo tiene que ver con la forma como se construye una carrera. El ingreso al SNI de la ANII es una aspiración de todo investigador/a. Las pautas a cumplir, en tiempos precisos para permanecer en el sistema, conjugadas con las exigencias de la universidad a que me referí en el párrafo anterior, llevan a acentuar las formas más individualistas de crecimiento personal, postergando a un segundo plano lo institucional. Son problemas muy importantes de difícil solución, pero que deberían plantearse y discutirse. Al menos es mi perspectiva desde el campo de las humanidades.

¿Le costó adaptarse a las nuevas exigencias de la academia? Por ejemplo, el escaso valor que pasó a tener el libro frente a la publicación de artículos en revistas internacionales bien categorizadas.

Por cierto que son cambios apreciables, sustantivos. La Historia no existe sin libros, los historiadores escribimos libros, aquí y en todas partes. Reconozco el valor de las revistas para tomar conocimiento de lo que se produce en distintos ámbitos académicos, identificar a los pares que coinciden con nuestros intereses como investigadores, estar actualizado en los temas que privilegiamos en nuestros estudios, asistir al desarrollo de debates, etc. Pensar diferente entiendo que es

renunciar en favor de criterios ajenos a la disciplina. Insisto: valoro, y mucho, el papel de las revistas y, personalmente, desde muy joven inicié la publicación en revistas científicas. Sin embargo, en todas partes los historiadores nos reconocemos en la producción de libros.

¿Y la docencia? ¿Qué ha aprendido de ella?

Desde que definí mi vocación, siempre me ha gustado trabajar con jóvenes, tanto en el nivel secundario superior como en la universidad. En esta experiencia reconozco dos valores. En primer lugar, aprender a escuchar. Los estudiantes siempre aportan desde sus preguntas y hasta desde sus errores. En segundo lugar, moderar la autopercepción del rol docente.

¿Cuál es el rol que en su carrera tiene la formación de jóvenes investigadores?

Ocupa un lugar muy central. El trabajo con jóvenes que tienen como objetivo formarse como investigadores me ha rodeado de gente inquieta, reflexiva, cuestionadora. Desde 2000, mantenemos en nuestro centro [Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos (CEIL)] el Seminario Permanente de Investigación en Estudios Agrarios, donde se comentan y analizan artículos, capítulos de libros, y recibimos a investigadores locales y del exterior, cuyos aportes y experiencias abren nuevas ventanas a temas y problemas. En este espacio de trabajo se discuten los avances de investigación de los integrantes del equipo, y es interesante asistir a sus aportes, a la reelaboración de sus borradores hasta alcanzar la versión final. En un nivel más elevado, es interesante verlos consolidarse y tutorear a terceros, desarrollar una línea de trabajo independiente, o comenzar a organizar sus primeros equipos.

Su trayectoria académica da cuenta de una profusa vinculación con redes regionales e internacionales de historiadores. ¿Qué importancia le da a esto? ¿Cómo accedió a esas redes? ¿Cómo se posicionada a la historiografía uruguaya en ese universo?

Las redes académicas son un fenómeno relativamente reciente, facilitado por herramientas nuevas como internet, los correos electrónicos, la digitalización de fuentes y bibliografía, la construcción de los portales universitarios, el perfeccionamiento de los mecanismos de búsqueda, etcétera.

Hasta la década del noventa, los vínculos se construían, fundamentalmente, mediante la asistencia a congresos donde se coincidía con colegas que trabajaban en temas afines a nuestros intereses, el contacto con profesores visitantes, mediante correspondencia en papel y servicio postal. A partir de esta década, el acceso a la información y los contactos académicos se acrecentaron exponencialmente y hoy la información disponible y los contactos son de tal magnitud que se dificulta su manejo. Paso varias horas diarias en el correo electrónico y mantengo una alta dedicación semanal en internet, buscando información científica. Hoy mi biblioteca papel no supera los 1800 o 2000 libros, pero la digital supera los 7000, a los que sumo varios miles de artículos procedentes de revistas científicas. Consecuencia, parte de esa información no es posible usarla —pero está disponible, en reserva— y la falta de tiempo nos obliga a revisar superficialmente para deslindar lo que necesitamos. Aprendí a leer de otra manera, «en sesgado», buscando ávidamente la información necesaria. Solo un núcleo selecto de libros y artículos son disfrutados en la lectura. Se ha creado una nueva cultura, a mi modo de ver menos amable en la forma de acceder al conocimiento, pero, aun cuando este camino no es ideal, prefiero la sobresaturación de información a su ausencia.

Formo parte de dos redes internacionales que se fueron construyendo a partir de contactos personales, estancias en el exterior, la organización de un pequeño evento, la incorporación de terceros, la coordinación del número de una revista, el diseño de una línea de trabajo integrador.

Todos ellos, pasos sin reglas, modestos inicios que en un determinado momento generan su propio crecimiento. Las redes, como tales, no tienen límites precisos, algunos permanecemos al firme en ellas, unos entran y otros salen, incluso miembros de una red forman parte de otras. Lo importante es que allí se generan sinergias muy fuertes y creativas, poderosos estímulos para la investigación, el tratamiento de temas y problemas que son un desafío permanente a nuestra labor académica.

El universo de las redes concentra y dispersa. Esta situación se vive en Uruguay y en todas partes, y probablemente ya estén iniciados nuevos caminos de hacer Historia, por encima de las fronteras académicas. Estas posibilidades de trabajo nos concentran en temas que se alimentan en las redes a la vez que se debilitan algunos vínculos con nuestros colegas uruguayos. Con frecuencia, me sorprende cuando converso con compañeros de nuestra facultad y me entero de que han ingresado a otros espacios de investigación que desconocía. Quizás es un problema personal, pero conocemos poco de lo que se trabaja más allá de la pared que nos separa de un departamento o un instituto. La experiencia que se acumule a través de las redes asistirá a las nuevas generaciones de historiadores a recorrer con firmeza los nuevos caminos que se abren y a encarar con valentía la corrección de las perversidades que pueden generar o están generando esos nuevos ámbitos cibernéticos de trabajo académico.

Esta nueva cultura académica ha facilitado las publicaciones colectivas y el diseño de líneas de trabajo internacionales. No estoy negando la existencia de estas experiencias en décadas anteriores, pero hoy es una realidad muy generalizada. Debemos advertir sin embargo, que la expansión de esta forma de trabajar, si bien goza de imponderables ventajas, no asegura necesariamente la alta calidad del trabajo académico.

Si tuviera que definirse como historiador, ¿cómo lo haría?

Como el hombre que busca las *expresiones y trayectos creativos* y su proyección e impacto en la sociedad, bien se trate de una red de agricultores para innovar en el siglo XIX, como la labor del artesano en el taller de comienzos del siglo XX, o las estrategias de quienes se propusieron hacer ciencia en Uruguay en el último cuarto del siglo XIX.

¿Ya planifica su vida fuera de la Universidad? ¿Cómo se la imagina?

Cesé en el cargo de profesor titular el 30 de junio de 2018. Continuaré activo por otros tres años en el Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos «Prof.^a Lucía Sala». Recién iniciamos, con uno de mis equipos, un proyecto de investigación y desarrollo (I+D) financiado por Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República y el Inavi; a su vez, está en curso otro sobre artesanos de la construcción en Ciudad Vieja, y estamos comenzando una línea de trabajo tan nueva como apasionante sobre ciencia y agro, tarea compartida con las profesoras Lucía Lewowicz y Ariadna Islas.

Quedan pendientes varios libros parcialmente escritos, que el retiro proveerá de mayor tiempo para finalizarlos. De todos modos, en las últimas décadas he incorporado la experiencia del trabajo en equipo multidisciplinar, por lo que no me veo trabajando solo ni encerrado en la Historia. Agradezco a la revista la oportunidad de esta entrevista. Como se puede apreciar, ha sido muy removedora, un recorrido desde la niñez hasta el presente. Quedan muchas cosas, pero no hay voz para continuar. Si surgen más preguntas, como dice Zitarrosa en el «Candombe del olvido», «el muchacho que fui que responda».

Referencias bibliográficas

- BERETTA CURÍ, A. y GARCÍA ETCHEVERRY, A. (1998). *Los trazos de Mercurio. Afiches publicitarios en Uruguay (1875-1930)*. Montevideo: Aguilar-Fundación Bank Boston.
- BERETTA CURÍ, A.; JACOB, R.; SAPRIZA, G. y RODRÍGUEZ VILLAMIL, S. (1978). *La industrialización del Uruguay, 1875-1925*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- GILLES, A. (1952). *Uruguay, pays heureux*. París: Nouvelles Éditions Latines.
- RODRÍGUEZ AYÇAGUER, A. M. (2012). «Juan Antonio Oddone y los seminarios de Historia de la Cultura». *Encuentros Latinoamericanos*, vol. VI, n.º 1, pp. 297-316.

